

Una mirada sobre las tres maneras de humildad

Rufino J. Meana Peón S.J. Profesor de ‘Psicopatología Clínica’ y de ‘Discernimiento Espiritual’ en U. P. Comillas.

Resumen

Se hace una presentación del tema con fines práctico comenzando por una breve presentación sobre el fin de los Ejercicios Espirituales, la función específica de la Segunda Semana y el lugar que ocupa la meditación en todo ello. Después se ofrece una descripción de la meditación subrayando las bases antropológicas de la humildad y ofreciendo guías para que la meditación encaje en lo que se pretende: ayudar en un sano proceso de discernimiento y elección.

Summary

A presentation of the theme is made for practical purposes beginning with a brief presentation on the goal of the Spiritual Exercises, the specific function of the Second Week and the place that this meditation occupies in all of this. Afterwards, a description of the meditation is offered, highlighting the anthropological bases of humility and offering guidelines so that meditation fits into what is intended: to help in a healthy process of discernment and choice.

La humildad hace al hombre capaz de Dios (Santo Tomás)

El propósito de las siguientes reflexiones es ayudar a “considerar y advertir en las tres maneras de humildad” (Ej 164-168). Dado su carácter breve y práctico, no aspiramos a ser exhaustivos ni en el análisis del lugar que ocupa esta meditación en el marco general de los Ejercicios Espirituales, ni sobre el papel que tiene la humildad en la madurez humana y espiritual. Nos contentamos con tratar de ofrecer algún tipo de inspiración a quién quiera desarrollar más profundamente este tema¹.

Se trata de un asunto que puede parecer incómodo en nuestra cultura actual, tan caracterizada por reivindicaciones personales en diversos frentes. Podría caerse en la fácil solución de saltárselo, sobre todo en el retiro de 8 días, al entender que son tantos los temas que este asunto, al que aparentemente no se le concede mucho espacio o énfasis, no se merecería estar en el ranking de los principales. A nuestro juicio esto sería un gran error; trataremos de hacernos entender.

Estamos de acuerdo con Laplace cuando afirma que los EE pueden ser concebidos como una ‘escuela de educación en la libertad’ donde, a este respecto, la Segunda Semana ocupa un lugar privilegiado. Para este clásico autor, en esta semana se da una ‘auténtica tarea de desescombros’ cuyo objetivo sería ayudar a descubrir ‘todo cuanto hay de artificial, de engañoso y de falsa virtud’. Es un camino hacia la indispensable lucidez que posibilitará un correcto proceso de discernimiento donde la deliberación y la consiguiente determinación se puedan dar con la mayor limpieza posibles.

La senda por la que Ignacio invita a avanzar no es un camino de rosas, lo conoce bien por experiencia propia. El principal escollo que se encuentra es tener que renunciar a las propias estructuras de comprensión acerca de las cosas de Dios y de todas las cosas por Él creadas. El

¹ Entre los varios autores que hemos consultado recomendamos: S. ARZUBIALDE, *Ejercicios espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2009 (2ªEd); J. LAPLACE, *El camino espiritual a la luz de los ejercicios ignacianos*, Sal Terrae, Santander 1988; J. LEWIS, *Conocimiento de los ejercicios espirituales de san Ignacio*, Sal Terrae, Santander 1987; W.W. MEISSNER, *To the greater glory. A psychological study of ignatian spirituality*, Marquette UP, Milwaukee, 1999; K. RAHNER, *Meditaciones sobre los ejercicios de san Ignacio*, Herder, Barcelona 1996.

ejercitante no se encuentra ante un proyecto propio que pueda ser definido en toda su integridad - incluidas las consecuencias de elegirlo- desde sus adquiridos esquemas de comprensión de la realidad. Es un proyecto en el que, en principio, parecerían no estar presentes las habituales tendencias naturales como la satisfacción de las propias necesidades; alcanzar los propios objetivos a corto, medio y largo plazo; la experiencia subjetiva de ser el dueño y señor de la propia vida; en definitiva, la adquisición de la anhelada libertad personal. Adentrarse en los procesos de elección que plantea la Segunda Semana, supone iniciar un auténtico camino de conversión personal que implica un salto en el vacío: aprender a desapropiarse de sí para abandonarse a Dios y su plan confiando en que, contra lo que la intuición podría dictar, ahí comienza una vida con unas cotas de libertad infinitamente mayores que las que se tenía. Es un gran y contra-intuitivo salto de Fe porque la natural tendencia es llevar las riendas de la propia vida y satisfacer el propio amor, querer e interés.

Este proceso no se inicia como conviene sin un previo camino de enamoramiento en el que, como ocurre con todo proceso de amistad, la confianza y la necesidad del otro irán ganando terreno. Sólo estará listo el sujeto para iniciar el camino de aparente disminución sin angustias paralizantes cuando, desde ese afecto al Señor de la Vida pueda enunciar de corazón las palabras de Rut 1,16: '*A donde tú vayas yo iré y donde vivas tú, viviré yo*'. Este es el punto de partida para comprender las tres maneras de humildad que Ignacio invita a considerar.

Rahner, muy consciente de la importancia de este tema, trasladará el lenguaje ignaciano - maneras de humildad- a la formulación 'grados de amor de Dios'. Vincular la idea de humildad ignaciana a la experiencia de amor nos parece sumamente interesante porque sitúa el concepto perfectamente tanto desde el punto de vista espiritual como antropológico. La humildad, como ocurre con la abnegación, no viene ubicada como condición *a priori* para una correcta relación con Dios; todo lo contrario, ambas son inevitable consecuencia de un amor recíproco. Mientras la persona abnegada, lo es porque ama tanto que se olvida de sí, la persona humilde lo es porque permite que le amen sabiendo que habría sobradas razones para que no lo hicieran. En el amado, como indica Ignacio en sus escritos, queda confusión, cierta vergüenza por lo inmerecido -uno siente que le aman también en lo menos amable- pero, sobre todo, produce confianza, seguridad en el Otro, apego y un profundo compromiso.

La meditación...

Como hemos dicho, Ignacio no pide que se dedique ni un momento ni un número de horas determinadas a este asunto; genéricamente indica que se considere '*a ratos por todo el día*' (Ej 164). Lo que a primera vista pudiera parecer una mera sugerencia, perfectamente obvia, no es tal cosa. El propio Ignacio indicará en su directorio autógrafo que, en lo posible, entre en el proceso de elección quien se encuentre en la 3ª manera de humildad o, al menos, quien experimente la indiferencia expresada en la 2ª manera porque sin este mínimo "*no está para ponerse en elecciones, y es mejor entretenerle en otros ejercicios hasta que venga a ella*" (Dir. 17). La meditación, por tanto, es una especie de telón de fondo muy importante no sólo en el contexto de elección en el que se encuentra sino, también, en toda la concepción antropológica ignaciana donde la humildad es un pilar esencial; así lo atestiguan multitud de cartas e instrucciones.

Desde un punto de vista meramente descriptivo, la meditación está articulada en tres tiempos, mediante tres descripciones, que invitan al ejercitante a tomar el pulso de su posicionamiento existencial frente al Criador y Señor. En las dos primeras maneras de humildad la fuente de los imperativos es externa al individuo: "*la ley de Dios nuestro Señor*". La principal diferencia entre ambas, *grosso modo*, es un asunto de deseo de integridad. A la persona que está en la segunda manera de humildad no le basta con cumplir la ley de Dios y no cometer pecado mortal; quiere hacerlo sin engañarse en modo alguno, tratando por todos los medios a su alcance de descubrirse a sí mismo en sus propias trampas. Evidentemente, llegar a este punto no es poco, pero Ignacio entiende que cumplir bien la Ley no es suficiente para alcanzar el fin antropológico para el que hemos sido creados.

Aquí aparece en escena la **tercera manera de humildad**. En la descripción, evidentemente, se asume que la persona desea cumplir la ley de Dios y que, además, quiere hacerlo lo más perfectamente posible, pero va más allá y ahora resplandece el pensamiento de Ignacio que atraviesa todos los Ejercicios: la importancia de la identificación con Cristo. Entiende que esta identificación es el más perfecto de los modos de vivir que una persona puede imaginar para alcanzar plenitud existencial. Identificación que resultaría parcial si no integrase los sinsabores, consecuencia de vivir en la libertad de Cristo.

En la tercera manera de humildad, se nos presenta a una persona tan emocionalmente fascinada por Jesús de Nazaret que lo que guía su comportamiento no es solamente un noble y honesto sometimiento a la voluntad de Dios; necesita sentir que comparte con Cristo su misma mirada, sus mismos sentimientos, el mismo proceder, por supuesto, la misma y confiada relación de obediencia al Padre. También el impacto recibido por oprobios y la pobreza espiritual y real que Él vivió.

Ignacio hila muy fino aquí. No quiere holocaustos personales, masoquismos que, mediante el sufrimiento, situarían al yo en un primer plano y le colmaría de satisfacción por verse a sí mismo siendo como se imagina que fue Cristo. Buscar pobreza y oprobios sólo se puede si sirve al fin de conocer internamente cómo vivió Él, para ganar en identificación; deseo que sólo es lícito si brota del amor agradecido, siguiendo la estela del coloquio ante la cruz: “... *lo que debo hacer por Cristo...*” (Ej 53). Además, es muy cuidadoso al decir que, en comparación con alguna alternativa, la búsqueda de los mencionados inconvenientes es de igual o mayor servicio a la voluntad de Dios y a la misión de colaborar en la obra de la redención. El foco siempre está fuera de uno mismo, el objetivo no es la propia santificación sino el servicio a la causa del ‘Criador y Señor’.

En Ignacio identificarse con la Palabra encarnada, mediante el mucho conocimiento interno, será la condición *sine qua non* para que el creyente pueda vivir plenamente libre de ataduras -internas y externas- y, así, poder elegir bien. Es el ‘*sensus Christi*’ que Arrupe anima a buscar o lo que Pablo bellamente formuló al afirmar a los Gálatas: “...*ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí*” (Gal. 2,20).

Quedar en segundo plano es la más perfecta manera de humildad si lo que queda por encima del propio yo es el amor, querer e interés de Dios. Es un proceso de descentramiento que no es auto-aniquilación ni mero sometimiento acrítico a un discurso ajeno; no puede serlo porque eso sólo produce esclavos y, por tanto, frustración y rencor más o menos expresado. De lo que estamos hablando es del resultado del puro amor agradecido, un movimiento natural en el ser humano como formula un Heidegger enamorado cuando, fuera de todo contexto religioso, escribe a Hannah Arendt: “*en el amor nos convertimos en lo que amamos y, sin embargo, seguimos siendo nosotros mismos*”.

Estamos ante un importante paso en el camino de conversión cuyo motor es la incondicional y amorosa mirada del Otro que permite al ejercitante comenzar a desprenderse de su antiguo modo de ser para abrazar el que ofrece el Dios encarnado. La humildad es la experiencia que brota al dejarse releer por Otro de quien viene aceptación, integración, liberación y, por tanto, adhesión incondicional y deseo de imitar.

Hacia este fin habría que encaminar los esfuerzos cuando se afronta esta meditación sobre la humildad que brota del Amor.